



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO IV.

MIÉRCOLES 15 DE MAYO DE 1872.

NÚM. 101.

LA LUZ.

No somos nosotros de los que sistemáticamente se quejan de su siglo y de su época, ni de los que siempre afirman que el estado actual de la política es mil veces peor que todos los que le han precedido. Alejados de la arena candente, en donde los partidos riñen descomunales batallas, podemos juzgar de los acontecimientos con más imparcialidad que los hombres empeñados en la lucha. No, aun gozamos de más libertad que en años anteriores; aun poseemos la libertad fundamental de todas las libertades, la libertad religiosa. Mientras que el hombre pueda en España adorar á Dios como su conciencia se lo dicte, asociarse con sus hermanos para los fines espirituales, reunirse con sus correligionarios en un lugar cualquiera para tributar al Supremo Hacedor de todas las cosas el culto que más en armonía esté con las aspiraciones de su alma, y emitir libremente su pensamiento, no diremos nosotros que la libertad no existe.

Sin embargo, no podemos olvidar el párrafo del discurso de la Corona, en donde se habla de estrechar las relaciones con Roma. Esas palabras puestas en boca del primer magistrado de la nación, indican una tendencia política en su Gobierno, cuyos resultados pueden ser desastrosos para la libertad religiosa. Roma no transige nunca con los débiles ni estrecha relaciones con nadie, como no sea con ánimo de imponerse á los que solicitan su alianza.

¿Cree por ventura este Gobierno que Roma no exigirá la dirección de la enseñanza y la supresión del registro civil y de la libertad religiosa? Y aun después de conseguido esto, ¿cree



EL SEMBRADOR.

este Gobierno que los representantes de Roma en España, aceptarán su política y le prestarán franco y desinteresado apoyo? De ninguna manera. La religión de los sacerdotes españoles, en su gran mayoría, está subordinada á una forma determinada de gobierno y á una persona determinada; y mientras no tengan una y otra, nunca dejarán de agitarse y de conspi-

rar contra todo lo existente.

Las concesiones que el Gobierno se propone hacer á la Iglesia romana, discontenarán profundamente á todos los hombres liberales, no satisfarán á los que son objeto de ellas, sin perjuicio de que las utilicen para crear á la dinastía reinante dificultades algo más serias y cuestiones algo más terribles que las que hoy se ventilan con las armas en la mano en muchas provincias de España.

Y no sediga que al espresarnos así tenemos únicamente en cuenta las creencias religiosas que profesamos; aun cuando pensáramos de distinto modo ó no aceptáramos una religión positiva, después de consultar la historia y de examinar las tendencias de ese vastísimo cuerpo que se llama el cuerpo de Jesucristo, por más que de cristiano solo tenga el nombre, siempre diríamos que toda concesión hecha á Roma es una debilidad que cuesta caro á los pueblos; siempre diríamos que la influencia de Roma es fatal al pueblo que la acepta, y que muy especialmente ha sido fatal á la nación española.

Lo que importa á España es prescindir por completo del soberano Pontífice, separar la Iglesia del Estado y no permitir que tengan privilegios insustentables los que no saben hacer mas que servirse de ellos en desdoro de la patria que los vió nacer y en pró de un poder egoísta que solo se ocupa de

medrar á la sombra de los débiles que buscan transacciones y términos medios.

Si España sigue la conducta que hemos apuntado, ocupará un puesto entre las naciones civilizadas; pero si sigue la que indica el discurso de la Corona, ella misma se condenará á una triste y desconsoladora decadencia.

CONFESION DE FÉ

de la iglesia cristiana española, adoptada por la Asamblea general de la misma habida en Madrid en abril de 1872.

I.

Las Santas Escrituras dadas por Dios al hombre, para que éste conozca cuanto le importa saber acerca de su propia salvación, son inspiradas por Dios en todas sus partes, y constituyen la única é infalible regla de fé y de moral.

Las Santas Escrituras son ellas mismas su verdadero intérprete.

Admitimos como libros canónicos del Antiguo Testamento todos los que nos han sido transmitidos por el pueblo judaico, único depositario en su tiempo de los oráculos de Dios, y son el Génesis, el Exodo, el Levítico, los Números, el Deuteronomio, Josué, Jueces, Rut, I y II Samuel, I y II Reyes, I y II Crónicas, Esdras, Nehemías, Esther, Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares, Isaías, Jeremías, Lamentaciones, Ezequiel, Daniel, Oséas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Micheas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Haggeo, Zacarías y Malachías.

Los libros canónicos del Nuevo Testamento son: Evangelios segun Mateo, Marcos, Lucas y Juan, Hechos de los Apóstoles, Epístola de Pablo á los Romanos, I y II á los Corintios, á los Gálatas, á los Efesios, á los Colosenses, á los Filipenses, I y II á los Tesalonicenses, I y II á Timoteo, á Tito, á Filemon, Epístola á los Hebreos, Epístola de Santiago, Epístolas I y II de Pedro, Epístolas I, II y III de Juan, Epístola de Judas y Apocalipsis de Juan.

Los libros llamados apócrifos, no hallándose entre los canónicos que nos han sido transmitidos por el pueblo judaico, no tienen autoridad alguna en la Iglesia de Dios.

II.

Hay un Dios verdadero, vivo é infinito á quien adoramos: Padre, Hijo y Espíritu Santo; un solo Dios en tres personas, creador y conservador de cuanto existe.

III.

Plugo á Dios Todopoderoso llamar á la existencia lo que no era, y crear para su gloria las cosas visibles é invisibles, en los cielos y en la tierra.

Dios sustenta y gobierna al mundo por su Providencia, la cual se estiende á todas las criaturas y á todas las acciones de ellas.

Después que Dios hubo creado en progresión creciente todas las cosas, creó al hombre á su imagen conforme á su semejanza, en conocimiento, justicia y santidad de verdad, le dotó de libertad y le dió un mandamiento de cuyo cumplimiento ó infracción dependía su felicidad ó su desgracia.

IV.

Seducidos por Satanás nuestros primeros padres, que vivían felices en la comunión de Dios, cayeron en el pecado y quedaron sujetos á la condenación con que Dios les había amenazado en caso de desobediencia.

En Adam, representante y progenitor del linaje humano, quedó viciada la naturaleza humana; de modo, que los hombres todos descendientes suyos y solidarios de su desobediencia, nacieron inclinados al mal, incapaces de hacer lo que es espiritualmente bueno segun Dios, impotentes para salvarse y merecedores por sus propios pecados de la muerte eterna.

V.

Dios en su bondad, no queriendo que el género humano permaneciese en el estado de perdición á que quedó reducido por la primera desobediencia, determinó segun el consejo de su voluntad salvar á los pecadores, y á este fin hizo á Adam la promesa de un Redentor, promesa que fué amplificando por medio de los patriarcas y profetas.

Cuando los tiempos fueron cumplidos, el Verbo eterno de Dios, que en el principio era ya con Dios y era

Dios, se hizo carne, tomando forma de siervo hecho semejante á los hombres. Y fué concebido, por la virtud del Espíritu de Dios, en el seno de una virgen llamada María.

En él se unieron indisolublemente las naturalezas divina y humana.

VI.

Segundo Adam, y representante del hombre, Jesucristo, aceptó voluntariamente el oficio de Redentor, y de grado se sujetó á la ley que cumplió en todas sus partes.

Su perfecta obediencia á la voluntad divina se extendió hasta su muerte expiatoria en la cruz para redimir al hombre de la esclavitud del pecado y darle en la gloria á que Dios le destinara primitivamente.

Aunque personalmente sin pecado, fué hecho pecado por nosotros pecadores para que fuésemos hechos justicia de Dios en él.

Después de haber derramado su vida hasta la muerte como ofrenda y sacrificio hechos á Dios, fué sepultado, pero su cuerpo no sufrió la corrupción.

Al tercer día resucitó de entre los muertos con el mismo cuerpo que tanto había padecido, subió á los cielos, y sentado á la diestra del Padre intercede por los suyos, al mismo tiempo que permanece en ellos por medio de su Santo Espíritu.

VII.

El Espíritu Santo con que el Padre ungió al Hijo, es el que nos aplica para nuestra salvación la obra redentora de Cristo.

El Espíritu Santo es el que nos une con Cristo por medio de la fé; habita en los creyentes, los libera del imperio del pecado, les hace comprender las Escrituras, los consuela y los sella para el día de la redención.

VIII.

Como nadie puede ver el reino de Dios si no naciere de nuevo, el Espíritu Santo ilumina el entendimiento, renueva la voluntad, y dispone el corazón de los pecadores para que arrepentidos de sus culpas, se vuelvan hácia el Señor, y confíen para siempre en sus promesas.

De modo que el Espíritu Santo es el autor de ese cambio sobrenatural que la Santa Escritura llama conversión, regeneración, paso de la muerte á la vida.

IX.

El pecador es justificado, no por sus propios méritos, sino únicamente por la gracia de Dios por medio de la fé en Cristo.

X.

Aunque el creyente, así justificado, se halla libre de toda condenación, no se halla libre del combate que después de la conversión se establece entre el espíritu de vida en Cristo Jesús que recibe de Dios y su carne de pecado. Sin embargo, Dios le habilita por medio de su Santo Espíritu para el cumplimiento de los divinos preceptos, y para que se aproxime más y más cada día á Él; en esto consiste la santificación, sin la cual nadie verá al Señor.

La santificación no es igual en todos los fieles, pues aumenta en grados diferentes por la virtud de Dios y la mayor ó menor sumisión á la voluntad divina.

XI.

Los que son verdaderamente justificados, y caminan en la santificación, no serán arrebatados de la mano de Cristo, pues son guardados por la potencia de Dios para alcanzar la herencia incorruptible que les está reservada en los cielos.

XII.

La fé, por cuyo medio somos justificados, adoptados por hijos y hechos partícipes de todos los privilegios que como á tales hijos nos competen, es un don de Dios, obra del Espíritu Santo en nuestros corazones; por ella recibimos á Cristo como se nos ofrece en el Evangelio, y confiamos en Él para nuestra salvación.

XIII.

A la fé que justifica, siguen siempre las buenas obras, las cuales no son sino el cumplimiento de los preceptos divinos, y recibirán de Dios un eterno galardón, no porque sean meritorias, sino porque Dios ha prometido galardónarlas, y premiar así su propia misericordia, puesto que Él obra en nosotros tanto el querer como el ejecutar.

Mas no habrá galardón para las obras hechas sin la fé, porque sin la fé no se puede agradar á Dios.

XIV.

Toda la obra de la salvación es un puro don de la misericordia de Dios que nos eligió, segun su presciencia, para que disfrutáramos del beneficio de la sangre de Cristo, que purifica de todo pecado.

El pecador que desoye el mandamiento de Dios, es responsable de su propia incredulidad, porque el Señor no rechaza á ninguno de los que á Él acuden para ser salvos.

XV.

Desde la creación de Adam existen leyes divinas que marcan los deberes del hombre para con Dios. Estas leyes, en el Antiguo Testamento, se distinguieron en morales, ceremoniales y judiciales. Las ceremoniales y judiciales quedaron abrogadas bajo la dispensación del Evangelio.

No sucede lo mismo con la ley moral, que es la que se halla sumariamente contenida en el Decálogo. Ella sirve para hacernos conocer nuestros deberes, y la necesidad de la obra redentora de Cristo. Sin embargo, no estamos bajo la ley considerada como alianza, sino únicamente como regla de vida.

XVI.

Los creyentes en Cristo, antes y después de su venida, constituyen la Iglesia de Dios.

La Iglesia se divide en visible é invisible. Componen la invisible todos los rescatados por Cristo, ya anden por la fé y en esperanza, ya anden por la vista y disfruten de las promesas de Dios. Esta es la Iglesia verdaderamente católica, una, santa, y solo Dios conoce á todos los que son miembros de ella.

Estando todos estos unidos con Cristo, por su Espíritu y por la fé tienen comunión con Él, y unidos unos con otros por el vínculo del amor, realizan la verdadera comunión de los santos.

La Iglesia visible se compone de todos los que profesan en este mundo la fé en Cristo, juntamente con sus hijos; ella es la casa y familia de Dios sobre la tierra. La Iglesia visible existe bajo la forma de iglesias particulares, las cuales son más ó menos puras segun la pureza de las doctrinas que enseñan y de la vida de sus miembros. Algunas degeneran tanto que dejan de ser iglesias de Cristo y se convierten en sinagogas de Satanás.

No hay más cabeza de la Iglesia, tanto visible como invisible, que Nuestro Señor Jesucristo.

XVII.

La Iglesia visible debe tributar culto religioso á solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y no á los ángeles, santos ni á otra criatura alguna.

Ha sido la voluntad de Dios consagrar un día de la semana para que en él los fieles se dediquen de un modo especial al ejercicio del culto público y privado, y se abstengan de toda obra que no sea de necesidad ó de misericordia. Desde la resurrección de Cristo este día es el domingo.

XVIII.

Aunque la Santa Escritura enseña que todo cristiano es rey y sacerdote para Dios, ha sido sin embargo la voluntad del Señor instituir un ministerio compuesto de ancianos y diáconos, al cual ha confiado la administración de su Iglesia.

XIX.

El Señor Jesucristo ha instituido en su Iglesia dos Sacramentos, á saber: el Bautismo y la Cena del Señor,

en los cuales están representados, sellados y aplicados á los creyentes por medio de signos sensibles, tanto el mismo Cristo como los beneficios de la alianza de gracia.

El beneficio que resulta de los sacramentos no depende de virtud alguna que exista en los signos, ni de la piedad ó intencion del que los administra, sino de la bendicion del Señor y de la fé de aquellos que los reciben.

Hay en los sacramentos una relacion espiritual entre el signo y la cosa significada, por lo cual sucede que los nombres y efectos de la una se atribuyen al otro.

XX.

Por el sacramento del Bautismo, mediante la aplicacion de agua en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, el individuo á quien se bautiza es solemnemente admitido en la Iglesia visible.

Este sacramento representa la purificacion de nuestros pecados por la sangre de Cristo, nuestra muerte al pecado, y sella nuestra participacion de todos los beneficios de la alianza de gracia. Por él significamos nuestra sumision al Señor.

Debe administrarse este sacramento á los que actualmente profesan la fé en Cristo, y le prestan obediencia, y tambien á los niños, cuyos padres ó uno de ellos, sean creyentes.

No debe administrarse el bautismo á una persona más de una vez en la vida.

XXI.

Por el sacramento de la Cena del Señor que se ha de observar en la Iglesia, se hace una memoria perpétua de la muerte de Cristo hasta que Él venga.

La Cena del Señor debe administrarse bajo las dos especies de pan y vino que representan el cuerpo y la sangre de Cristo.

Los que dignamente participan de la Cena del Señor, reciben y se nutren de Cristo crucificado y de los beneficios de su muerte, no carnal y corporalmente, sino espiritualmente y por la fé; reconocen además su obligacion de dedicarse al Señor, y de cumplir sus deberes para con Cristo.

En la Cena del Señor, Cristo no se ofrece al Padre, ni en ella se hace sacrificio alguno para remision de los pecados, sea de vivos ó de muertos.

Los ignorantes y los impíos no pueden participar de los elementos de la Santa Cena; los primeros, porque ningún beneficio les resultaría; los segundos, porque pecan contra Cristo.

XXII.

El cuerpo humano despues de la muerte torna al polvo y vé corrupcion; pero el alma, teniendo una existencia inmortal, vuelve á Dios que la creó.

Las almas de los justos son recibidas en el cielo, y las de los impíos son arrojadas en el infierno, esperando unas y otras la resurreccion de los cuerpos.

Cuando Jesús vuelva en su gloria, los cuerpos de los justos saldrán á su voz de los sepulcros, y unidos con los que aun vivan en la tierra, volarán á su encuentro para nunca jamás separarse de Él.

Fuera de estos dos lugares donde moran las almas separadas de sus cuerpos, no reconoce otros la Escritura.

XXIII.

Vendrá despues el dia en el cual Dios juzgará al mundo con justicia por su Hijo Jesucristo, para que cada cual reciba el premio conforme á sus obras.

Los justos irán á la vida eterna y heredarán la plenitud de gozo y bienaventuranza que existe en la presencia de Dios, para siempre. Mas los impíos que no conocen á Dios, ni obedecen al Evangelio de Jesucristo, serán castigados con la eterna separacion de la presencia del Señor, y de la gloria de su poder.

Como Cristo quiere que estemos persuadidos de que habrá un dia de juicio para disuadir á todos los hombres del pecado y para consuelo de los creyentes, así tambien ha querido que este dia sea ignorado de los hombres para que rechacen toda seguridad carnal y presuncion, y se hallen siempre vigilantes y dispuestos á decir,

no sabiendo la hora en que vendrá su Señor: Ven, Señor Jesús, ven pronto. Amen.

Los que firman se comprometen, segun su conciencia, á predicar la Palabra de Dios tal y como está consignada en los libros canónicos del Antiguo y Nuevo Testamento, y en conformidad con la precedente confesion de fé.

LA SOCIEDAD BÍBLICA ITALIANA. (1)

II.

DISCURSO DEL PADRE FRAY JACINTO.

El padre Jacinto, vestido casi de seglar, se presenta á la reunion. Es un hombre de mediana estatura, de abierta y simpática fisonomía.

Se vé obligado á pedir que cesen los aplausos, pero al contrario, aumentan. Finalmente, hay silencio, y el carmelita descalzo toma la palabra en francés, con voz vibrante, fácil, elocuente y apasionada, y dice:

«Hace pocos dias que Pio IX se presentaba iniciador de un verdadero progreso, permitiendo una pública disputa religiosa aqui en Roma, donde hasta ahora se imponían las creencias, pero no se discutian. Bendijo una discusion entre católicos y evangélicos, los cuales se separaron estrechándose mutuamente las manos. Este hecho durará, dará frutos en lo venidero. Este hecho fué un estímulo para que yo aceptase la invitacion de la Sociedad Bíblica. Yo no podia formar parte de ella, ni suscribir á su programa, pero me interesé por estos hermanos en Cristo y en el Evangelio. (Aplausos vivísimos.)

Ellos me invitaron como sacerdote católico, y yo he venido como católico.

Antes de entrar en argumento quiero decir mi íntimo pensamiento, dirigiéndome á mis correligionarios, y reconociendo la belleza de la traduccion en italiano, que hizo Diodati de la Biblia, sin nombrar mi estimacion por la que del latin hizo Martini, obispo de Florencia. El Papa Pio VI lo invitó á hacerla. Este Pontífice se lamentó de la ignorancia de la Sagrada Escritura que reinaba en aquel tiempo entre los católicos.

Recomiendo la traduccion hecha por Martini, pero al mismo tiempo deseo que se publique una traduccion en italiano, una traduccion mejor que responda á las necesidades de la lengua y de la ciencia.

Hémos ahora reunidos todos en Roma, en esta ciudad que otras veces nos hubiera dividido. La Biblia, este sagrado libro nos reúne. Este nos condena á todos: esta tarde no hemos venido aqui para discutir, sino para oír las lecciones de la Biblia; esta dice á todos: «Todos sois hijos míos, pero hijos decaídos, impotentes;» la Biblia nos librará, nos sacará de la division. Nos haremos poderosos cuando estemos elevados de nuevo. (Aplausos vivísimos.)

Todos estamos más ó ménos decaídos. Cuando nos ponemos á considerar con imparcialidad los pecados de cada iglesia, se reconoce que la nota dominante es que todas las iglesias han decaído de la caridad del Evangelio. No hemos llegado bastante á este manantial.

Necesitamos dos cosas, de la luz de la palabra de Dios, y de la santidad del cuerpo de Cristo.

En la iglesia de los primeros tiempos, cerca del altar adonde venían las vírgenes y los mártires, había dos divisiones, una de las cuales estaba dedicada á la Biblia.

En esta ciudad de Roma se veía á las damas patricias, á las descendientes de los Fabios sentarse á los pies de los Gerónimos á oír la Palabra de Dios, y encaminarse á los desiertos de la Palestina para oírla mejor. La Biblia no era solo el libro del sacerdote, era el libro de la mujer, de la familia. (Aplausos vivísimos.)

Volvamos á la Biblia: en ella encontraremos la reforma de nuestras almas. Solo en ella se encuentra la palabra ardiente, solo en ella se encuentra el oro pasado cien veces en el crisol. Léase ella en las familias, y encuéntrase en contacto con las conciencias. De este contacto depende la regeneracion de la sociedad religiosa y de la sociedad civil y política.

Las cuestiones políticas están intimamente ligadas á las religiosas. Yo aplaudía cuando se decía que naciones enteras debían su prosperidad á la Biblia. Sí, en

(1) Véase el número del 15 de Abril.

Inglaterra hay una cosa más grande que la Gran Carta: es la Biblia. (Aplausos.)

Soy un amigo de Italia (aplausos), no soy un cortesano de ella; pero amo á la Italia: he aprendido á amarla en los libros de Balbo, de Rosmini, de Gioberti, que todos decían que era preciso ir á Roma con un pensamiento religioso. Si no traemos aquí sino el escepticismo y expedientes políticos, encontraremos la tumba; sería como alzar sobre un pedestal de gigante un edificio de enano.

En cambio los cristianos se han dividido.

Leibnitz dijo que no hay en el mundo ni dos gotas de agua que sean perfectamente iguales, y que es imposible que dos hombres tengan la misma manera de ver estas dos gotas de agua. La verdad se encuentra por todas partes: conservemos, pues, nuestra libertad de apreciacion, conservemos la misma extension; pero no nos dividamos en la fé, en el amor, en la caridad.

El mundo pagano estaba ménos dividido: católicos y protestantes derramaron su sangre en las batallas, sobre los patíbulos.

Procuremos estar unidos en la libertad, en la caridad. El que quiera ser el primero, sea el servidor de los demás.

Bossuet ha dicho que la mayor herejía es la de la dominacion. (Aplausos.)

Mientras estamos desunidos, el islamismo hace grandes progresos en Africa; Mahoma adquiere prosélitos. Unámonos para resistir á la barbarie.

Al llegar á este punto el padre Jacinto pasa revista á las críticas hechas á la Biblia; se dijo que es un libro local, de un pequeño pueblo semítico que habitaba un pais de 20 leguas, que aquel libro no dice la última palabra de la moral.

Dios elige los vasos en que meter sus tesoros, y en la Biblia ha metido tres; Él, la promesa de la redencion y Cristo.

Había un abismo entre Dios y el hombre, y Cristo lo ha colmado con su sangre; Él superó la distancia que los separaba. (Aplausos.)

Todos tenemos el mismo origen; la Biblia nos invita á la union; dia vendrá en que no habrá protestantes, no habrá sino verdaderos católicos, sino verdaderos cristianos.

Lo creo porque es imposible que falte la Palabra de Dios. Lo juro por esta Palabra, los abismos serán colmados, las montañas serán trastornadas y reducidas á polvo, y juntos subiremos á esta Jerusalem, cualquiera que sea esta mística ciudad prometida, y con la Biblia en la mano, cantando la Palabra de Dios, entraremos en la ciudad de la verdad. (Aplausos estrepitosos, continuos, entusiásticos.)

El presidente dá la palabra al ministro Sciarelli, á cuyo nombre prorrumpe la reunion en vivos aplausos.

DISCURSO DE SCIARELLI.

El presidente me invita á hablar sobre la tercera resolucion que está concebida en estos términos:

Que esta reunion, aprobando la formacion de la Sociedad Bíblica italiana, la reconozca como medio eficaz de difundir las Escrituras en Italia y se empeñe en dar á esa Sociedad su asistencia y su más fervoroso apoyo.

Señores: Invitado á hablar sobre la última resolucion que se propone tomar en esta reunion, permitidme que os dirija algunas pocas y brevísimas palabras. Yo por mí, creo con seguridad de conciencia que la Italia no volverá á ser nunca verdaderamente grande, si no procuramos curarla de dos llagas que la afligen y la contristan—la supersticion por una parte y la incredulidad por otra. (Aplausos.)

La supersticion, ¡oh! señores, ha trasformado enteramente la religion de Jesucristo: la ha trasformado en los dogmas, reduciéndola á miserables preocupaciones; la ha trasformado en el culto, petrificándolo en las formas y reduciéndolo á escenas ridículas de teatro. La incredulidad, despues, con su frialdad y esterilidad, quitando á Dios del mundo y del alma del hombre, ha extendido largamente la indiferencia ó el olvido.

Yo, señores, respeto á todos los hombres, cualesquiera que sean sus creencias; y al mismo tiempo que reconozco en los demás el derecho de manifestar sus propias convicciones, espero que ninguno querrá negarme el de decir abiertamente lo que tengo en el cora-

zon. Para mí, solo la Biblia es el manantial fecundo de vida, de libertad, de verdadera grandeza nacional. A la luz espléndida de la Biblia solamente, huyen las tinieblas de la superstición y se calientan y vigorizan las almas heladas ó esterilizadas por la incredulidad. Yo os digo, pues: Ni con la superstición ni con la incredulidad llegaremos á hacer la Italia verdaderamente grande, ó bella en su grandeza... Señores, ¡y cuán bella es nuestra Italia! Aún en el día del dolor se presenta alegre, así como la gracia y el placer no quitan al rostro de la mujer la palidez que la tristeza le difunde.

Ocurren sobre la tierra creaciones de tan incorruptible hermosura, sobre las cuales la huella de la desventura no se manifiesta como ultraje, sino casi como un beso; y la Italia está entre estas. Aún más bella sería nuestra patria, ¡oh! señores, si recordándola al fin el sumo reconocimiento que debe á Dios y á la naturaleza por los dones y los privilegios de que fué colmada, hiciese firme y tenaz propósito de difundir en sus cien ciudades y en sus innumerables países y aldeas la luz de la Biblia, apoyando aquellas instituciones que tal objeto se proponen; y la nuestra es de aquellas.

Esto aconsejaron y recomendaron, en tiempos lejanos de nosotros, aquellos hombres grandes, cuya voz fué sofocada en la sangre, y cuyas personas fueron quemadas en las hogueras. ¡Oh! Arnaldo de Brescia, ¡oh! Gerónimo Savonarola, ¡oh! vosotros, mártires todos, que en las bellas comarcas de esta clásica tierra de Italia llamásteis á las almas vacilantes, escépticas, desalentadas, desunidas, á rebautizarse creyentes, amantes y hermanas en torno de la Biblia... ¡yo os saludo!

Prima divelte, ni mar precipitando;
Spente nell' sino strideran le stelle,
Chè la memoria è il vostro
Amor trascorra ó scemi. (1)

Yo, pues, en el nombre de aquello que tengais de más querido en el mundo para vosotros, para vuestros hijos, os suplico, señores, que trabajéis por vuestra parte, para que esta tan noble institución de la Sociedad Bíblica italiana, encuentre en vosotros una válida asistencia y un apoyo estable.

Después del discurso del Sr. Sciarelli, que fué interrumpido á cada período por calorosos aplausos, el presidente dió la palabra al pastor West, el cual habló en inglés y dijo que había venido de Irlanda para expresar la satisfacción que prueba en ver instituida en Roma una Sociedad Bíblica.

El Presidente concede la palabra al padre Gavazzi. Al presentarse este, aplaude la reunión.

DISCURSO DE GAVAZZI.

Permitid antes de todo que responda á una acusación de extranjerismo que podría hacerse á nuestra Sociedad, al ver que esté apoyada por extranjeros. No, nuestra Sociedad no es una importación. ¿Cómo pudiera sospecharse que patriotas que tanto sufrieron bajo los dominios extranjeros por sostener la independencia del país, quisiesen hoy sujetarse á extranjeros? No; semejante acusación no tiene ni gracia, ni sentido común, ni verdad.

Cuando entre nosotros se dá la ciudadanía á capitales extranjeros venidos á nuestra patria, sería verdaderamente extraño que se considerase extranjera la Sociedad Bíblica. Hay más: las sociedades extranjeras traen sus capitales, pero sus exigencias extranjeras nos embarazan, nos disgustan, nos estorban; mientras que la Sociedad Bíblica, que no se mezcla en cosas políticas, puede ser recibida sin sospecha. No será ella en manera alguna un travesaño metido en las ruedas del carro; espero más bien que será un travesaño ó palo metido, sí, pero en las ruedas del oscurantismo y del retroceso; no ya en las del carro de nuestra marcha triunfal hacia el desarrollo y el progreso de Italia. La Sociedad Bíblica será útil á la verdadera y completa emancipación de la patria.

No se puede libertar á la patria solamente con los *chassepots* y con los cañones, sino con la liberación del espíritu y con el desarrollo de la razón.

(1) Antes las estrellas lanzadas del cielo,
Del mar en el fondo, con rúico clamor
Irán á sumirse, que borre ó se pierda
La dulce memoria de vuestra pasión.

Si, pues, hemos bendecido las alianzas extranjeras que libertaron á Venecia y la Lombardia, ¿cómo hemos de maldecir á una Sociedad que librará el espíritu y la razón de las cadenas de la inquisición? (*Aplausos vivísimos y prolongados.*)

No hay gracia, pues, en la primera acusación. Veamos ahora como tampoco hay buen juicio.

Lo bello y lo verdadero no tienen patria; lo verdadero y el bello absoluto son cosmopolitas, no son extranjeros sino entre los bárbaros.

Acaso porque la brújula fué encontrada por Flávio Gioia, y el movimiento de la Tierra por Galileo, ¿serán estas verdades odiadas por los otros pueblos, porque son descubiertas por italianos?

Lo verdadero y lo bello, lo repito, no tienen patria. Si así no fuese, la Biblia, que es una importación de la Palestina solamente, debería ser desechada.

La Sociedad inglesa ha tenido la precedencia en popularizar la vulgarización de la Biblia, en su difusión.

La Biblia fué en el siglo XVI la madre de la emancipación del pensamiento. Lutero la tradujo, y este hecho procuró el desarrollo intelectual, moral y civil. Testigos son Alemania, Inglaterra y América.

Bendito pensamiento fué el de traducir la Biblia y difundirla al precio más bajo posible, para que todos pudiesen leerla. Escudriñad las Escrituras, dijo Cristo, porque ellas dan testimonio de mí.

Cuando Italia se haya librado de las trabas de la ignorancia y del clero, ya no se contarán 47 millones de analfabetos (1); los analfabetos serán una escepción, y los que saben leer serán la regla. (*Vivísimos aplausos.*)

Se dice: Es inútil imprimir libros cuando no hay quien sepa leer. Al contrario: es preciso antes imprimir libros para que la gente se aficione á leerlos. Los pueblos todos aspiran á su completa emancipación; pero la Biblia es la verdadera base para el desarrollo y el coronamiento de esta emancipación. El que presenta al pueblo la Biblia barata y en su lengua, aquel es el mejor de los ciudadanos. No hay razón en decir que es un extranjero.

Ya no se introducen con la Biblia, ni las formas ni los ritos de la iglesia anglicana; entonces sí sería una importación extranjera; pero la Sociedad se limita á difundir la Biblia, que es la mercancía propia del cristianismo; esta en manera alguna es una importación extranjera. Lo proclamo solemnemente en Roma, en esta reunión; desde mi destierro del 49 no me ocupé más en introducir formas extranjeras. Cada pueblo debe darse aquellas formas religiosas que más convengan á sus necesidades, á sus costumbres. Las iglesias diversas que se acimatan entre nosotros, adaptense á las formas italianas. Para volver yo á la antigua iglesia de San Pablo, no necesito pasar por las catedrales de Alemania y de Inglaterra. Tomo mi camino italiano y llego á Roma: este camino no son ritos, no son formas; este camino es la Biblia, por ella se llega á la iglesia de San Pablo.

Ella nos ayuda á volver á los tiempos benditos de aquel apóstol (*Aplausos.*)

Sí, tiempos benditos, sin bulas, sin padres, sin Papas, sin controversistas, y aquellos cristianos eran llamados *Santos*, y como tales conocidos en todo el mundo. Ellos tradujeron al punto la Biblia en el idioma vulgar, que se llamó en fin la *Vulgata*. La primera traducción se hizo en nuestra patria. Aquella Biblia fué especialmente preparada para la mujer, no para servir á las pasiones del sacerdote, sino para el servicio de la esposa, de la madre. (*Aplausos entusiásticos.*)

La Biblia fué traducida en todas las lenguas. La mejor traducción en italiano es la de Deodati, me complazco haberla oído alabar por lengua no italiana aunque el corazón no italiano; es igual en belleza á la de Lutero, y es mejor que la de los obispos ingleses.

Se dice por ciertos periódicos y en ciertos pulpitos que nosotros retrocedemos á los delirios de Ultra-Alpes y de Ultramar. Nosotros retrocedemos únicamente á la Biblia. No hemos apostatado de la madre católica. Nosotros con los católicos, tenemos los mismos

(1) La palabra *analfabeti*, empleada por el protestante Gavazzi, no solo no se encuentra en nuestros diccionarios, lo cual no es de extrañar, sino que no la registran los mejores diccionarios extranjeros. El adjetivo masculino *analfabeto*, usado en literatura, es el apodo dado en un principio al emperador Justino para significar su profunda ignorancia, y aplicable después al que no sabe de letras.

dogmas, las mismas doctrinas mientras que estas se encuentren en la Biblia; pero, entiéndase bien, si la Iglesia católica añade algo á sus dogmas, ó á sus doctrinas que no encontremos en la Biblia, ella es la que apostata, no nosotros. Nosotros nos separamos de esta apostasia de la Iglesia católica. Los únicos apóstatas en Italia son los católicos romanos que anularon los Mandamientos de Dios.

Bien venga, pues, la Sociedad Bíblica italiana á enseñar en Roma, para que los cristianos renueven su antiguo certamen y merezcan aquella corona que espera solo á quien haya peleado bien.

Roma era el verdadero y propio lugar para esta Sociedad: nosotros no queremos hacer de ella un centro para dominar, como hicieron los Papas. Roma es tan grande, que ninguno puede ser grande, si no toma su grandeza de Roma.

Roma es la que hizo grandes á los Papas.

Los Papas ahora no son sino sombras de sí mismos. (*Aplausos estrepitosos.*)

Un gran mal hizo Roma papal á la Biblia: con sus notas alteró tanto la Sagrada Escritura que disgustó, enajenó de aquel libro el corazón de los racionadores. Justo era que donde se hizo el daño, partiese de allí el remedio, y fuese la Biblia espuesta sin máculas en su pureza.

La Biblia no es contraria á la ciencia. Las contradicciones son solo aparentes. Ninguno podrá decir que la Biblia con el *terra autem stat et in eternum stabit* haya significado la inmovilidad. No ha significado sino la inmutabilidad, la indestructibilidad. Y aquí es el caso de recordar las palabras del poeta:

O voi che avete l'intelletti sani
Mirate la dottrina che s'asconde
Sotto l'velame delli verti strani. (1)

Si hubo aquí tinieblas y cadenas, álcese Dios y diga: Hágase la luz.

Cristo es la luz. La Biblia es la lámpara.

Hágase la luz, la luz se hará. Dios solo es infalible. Mantiene cuanto nos ha prometido, *¡oh principio y motivo de toda gloria!* aparece el sol é ilumina el sendero que conduce á todos por el verdadero camino.

En la Biblia está la libertad; si la Italia está con el Dios de la Biblia, tendrá civilización, progreso, emancipación completa; las cadenas de los Papas caerán hechas pedazos, y la felicidad social quedará asegurada. (*Aplausos estrepitosos.*)

Concluido el discurso del Sr. Gavazzi, iba á continuar el evangélico Ravi; pero levantándose muchos de los oyentes por ser ya tarde, no pudo hacerse oír muy bien. Sin embargo, dijo con bastante claridad: «Este suceso prueba que el papado ha caído, y que el reino de la luz ha venido con Cristo.»

No queremos extendernos en comentarios que pueden hacer por sí mismos los lectores ilustrados de LA LUZ. Cuando la corte romana se hallaba en el colmo de su omnipotencia, su soberbia no conocía límites; ahora que Roma es la capital del nuevo reino de Italia, y que no dan resultado las gestiones con los gobiernos extranjeros para que levanten al derribado coloso, la cohorte del vaticano tiene que resignarse. Su resignación ha debido ser dolorosa al oír á un fraile carmelita decir á los protestantes: *Conserviamo adunque la nostra libertà d' apprezzazione*, conservemos, pues, nuestra libertad de apreciación. Es decir, atengámonos al texto literal de la Santa Escritura.

Por último, el haberse establecido en Roma una Sociedad Bíblica, es síntoma seguro de que el papado está enfermo, y que el reino de la luz vendrá con la libre palabra de Cristo.

A. MARTINEZ DEL ROMERO.

(1) Los que teneis entendimiento sano,
Pensad en la doctrina que se oculta
Bajo el velo de versos tan extraños.

DOCTRINA EVANGÉLICA PRIMITIVA.

§. III.—LOS MANDAMIENTOS.

Después de grandes señales y portentosos anuncios en que se ostentaba la magnificencia del gran legislador del universo en el monte Sinaí, cuando el pueblo hebreo se hallaba convocado á su falda preparadas las conciencias, conmovidos los ánimos por el fragor de los truenos y el resplandor de los relámpagos, bajó Moisés inspirado de Dios hácia la muchedumbre sorprendida y y atemorizada por los prodigios, y la refirió los preceptos impuestos por la sabiduría divina, á todas las generaciones venideras.

Esta fué la voluntad del Eterno.

«Yo soy el Señor tu Dios que te saqué de la tierra de Egipto de la casa de la servidumbre.

I. No tendrás dioses ajenos delante de mí.

II. No harás para tí obra de escultura ni figura alguna de lo que hay arriba en el cielo, ni lo que hay abajo en la tierra, ni de las cosas que están en las aguas debajo de la tierra. No las alorará ni las darás culto. Yo soy el Señor tu Dios, fuerte, celoso, que visito la iniquidad de los padres sobre los hijos, hasta la tercera y cuarta generación de aquellos que me aborrecen, y que hago misericordia sobre millares con los que me aman y guardan mis preceptos.

III. No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano, porque el Señor no tendrá por inocente al que tomare el nombre del Señor su Dios en vano.

IV. Acuérdate de santificar el día de sábado. Seis días trabajarás y harás todas tus haciendas, mas el séptimo día, sábado es del Señor tu Dios. No harás obra alguna en él, ni tú ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu bestia, ni el extranjero que está dentro de tus puertas, porque en seis días hizo el Señor el cielo y la tierra y la mar y todo lo que hay en ellos, y reposó en el séptimo día; por esto bendijo el Señor el día de sábado y lo santificó.

V. Honra á tu padre y á tu madre, para que seas de larga vida sobre la tierra que el Señor tu Dios te dará.

VI. No matarás.

VII. No fornicarás.

VIII. No hurtarás.

IX. No dirás falso testimonio contra tu prójimo.

X. No codiciarás la casa de tu prójimo, ni desearás su mujer, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno ni cosa alguna de las que son de él.»

Presentados estos diez Mandamientos á Moisés en dos distintas ocasiones, le dijo el Señor: «No añadirás á la palabra que os hablo, ni quitarás de ella. Lo que te mando, eso es lo que has de hacer con el Señor, sin añadir ni quitar nada. No añadirás cosa alguna á las palabras de Dios.»

Nuestro Señor Jesucristo á su advenimiento y predicación dijo también: «Yo no he venido á abrogar la ley ni los profetas, sino á darla cumplimiento, y os digo que hasta que pasen cielo y tierra, no pasará de la ley ni un punto, ni un tilde, sin que todo sea cumplido.» (San Mateo cap. v, vers. 17, 18 y 19.) «Los cielos y la tierra pasarán, más mis palabras no pasarán.» (Cap. xxiv versículo 35.)

A pesar de lo que tan terminantemente se expresa en el Antiguo y Nuevo Testamento, la secta de Roma omite por completo el segundo Mandamiento del Decálogo, resultando solo nueve, y para que las dos tablas estuviesen aparentemente completas, convino á Roma dividir en dos el décimo precepto.

Por esta superchería, ha quedado una alteración visible, pues teniendo el tercero que sustituir al segundo, el cuarto el lugar del tercero, etc., del último hicieron dos á fin de cubrir la falta del segundo. Ahora bien; ¿cuál es el texto de la Escritura, revelación, mandato divino que autorice un trastorno de tanta trascendencia? Si esta facultad se reconoce en la Iglesia de Roma, todo el cristianismo falseará por su base.

En su consecuencia, Roma estableció el culto de las imágenes á pesar de la oposición terminante y explícita del segundo Mandamiento del Decálogo, y los repetidos anatemas fulminados por los profetas en multitud de pasajes de la Escritura. Como ejemplos, nos bastan los siguientes: Deuteronomio, xxvii, vers. 45.—Isaías, xl, vers. 48, 49 y 20.—Nahum, vers. 9, 42, 43 y 47.—Jere-

mías, x, vers. 2, 3, 4 y 5.—Salmos 115, vers. de 4 á 9.—Salmo 135, vers. de 45 á 48.—Hechos de los Apóstoles, cap. xix, vers. 23 hasta el fin.—1.ª Corintios, cap. x versículo 14.

A todo lo expuesto, dice la Iglesia de Roma que la prohibición de las imágenes en las Santas Escrituras, se refiere solo á los ídolos paganos que tributaban culto á las estatuas de madera y piedra; pero sobre esta suposición hay que observar, que tanto los paganos como los católicos, buscan objetos materiales para hacer más patente su adoración. A la venida de Jesús, cuando la promulgación del Evangelio, debió continuar con mayor razón el terrible anatema contra los ídolos, porque no era verosímil ni posible, aún atendiendo á la antedicha suposición de Roma, que se consintiesen nuevas imágenes cristianas para darlas culto, sustituyendo á las paganas, incurriendo en un contrasentido muy perjudicial para los recién convertidos, á quienes no debía dejarseles ningún recuerdo de la antigua idolatría, ni dar alimento á nuevos errores que propendiesen á divinizar la materia.

La distinción con que la Iglesia de Roma pretende salvar el culto de las imágenes, con las palabras griegas *Dúlta*, *Hiperdulia* y *Latria*, son sutilezas escolásticas, que indescifrables para el vulgo, inducen siempre al error y lo llevan muy lejos de la verdad.

En vista de lo que tan explícitamente expresa el Evangelio, ningún cristiano puede separarse de la estricta observancia de los preceptos del Decálogo: «Cualquiera que trajere ó enseñare otra doctrina que el Evangelio, aunque sea ángel de Dios, es maldito y excomulgado.» (San Pablo á los Galatas, cap. i, vers. 8.)

Los Mandamientos de la Ley de Dios se dividen en dos Tablas. La primera contiene cinco preceptos, que tienen una relación directa y especial con la divinidad, comprendiéndose en el quinto Mandamiento la honra y veneración con nuestros padres, asimilados con Dios en la tierra. ¡Santos vínculos los de los hijos, quienes les deben el ser!

La segunda Tabla contiene otros cinco preceptos, relativos á nuestros deberes con nuestros semejantes. El epílogo de ambas Tablas está contenido en el Mandamiento genérico de *amar á Dios sobre todas las cosas y á tu prójimo como á tí mismo*. Esta es toda la Ley y los profetas.

Los Mandamientos regulan nuestra conciencia y nos hacen distinguir el bien y el mal. En la debilidad de nuestra carne no podemos cumplir sin la gracia de Dios. Esta se obtiene por medio de la oración, con una fe viva en la misericordia de Dios y en la intercesión de Nuestro Señor Jesucristo, para producir en nosotros las buenas obras.

EL CRISTIANO EVANGÉLICO

DEBE ALIMENTARSE DE LA FÉ.

(Conclusion.)

Dios es uno solo, ni puede mudarse, ni ser menos de lo que es. Padre, Hijo y Espíritu Santo, son un solo Dios, y sin embargo, el Hijo encarnó, y no el Espíritu Santo ni el Padre. Así, en nosotros, aunque el alma es una sola, y el entendimiento está en ella y es ella misma, con todo eso, una cosa obra el alma y otra el entendimiento, pues el alma vive, y el entendimiento conoce, y la vida es propia del alma, y el conocer es propio del entendimiento. Así también en un mismo rayo de sol, hay calor y luz, y aunque no pueden separarse entre sí, el calor es el que calienta, y la luz la que ilumina, y el calentar es efecto propio del calor y no de la luz, y el alumbrar efecto propio de la luz y no del calor.

Solo el Hijo es quien propiamente se encarnó, sin que por esto dejen de estar en el Hijo las otras dos personas, que son una misma cosa con él, pues aunque el cuerpo humano es propio de la segunda persona, la divinidad de la una es igualmente de las tres; no podía estar en Jesucristo la divinidad de la una, sin que estuviese la de todas. No soy solo, dijo Jesús, pues el Padre está conmigo. El evangelista refiere que Jesucristo, lleno del Espíritu Santo, volvía del Jordán.

El Padre, pues, y el Espíritu Santo, estaban en Jesucristo, no en propiedad, sino en magestad.

¿Y cómo podían dejar de llenarle á Él, llenando todos los espacios del cielo y de la tierra?

Cuando uno tañe la vihuela, tres cosas concurren á formar el sonido: al arte, la mano y la cuerda.

El arte enseña, la mano tañe, y la cuerda suena; y con ser tres cosas que concurren á un mismo efecto, la cuerda sola es la que dá el sonido.

Así, también el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, cooperaron en la encarnación; pero no se encarnó sino el Hijo para libertarnos de nuestros pecados.

Hermanos míos: Si por poseer esta fe, que he explicado según mi corta capacidad, nos diesen la muerte, tendremos la gloria de haber hecho algo por el cristianismo. Acordémonos que los hombres dieron de bofetadas á Jesús nuestro Salvador, le escupieron en el rostro, le coronaron de espinas, le dieron á beber hiel y vinagre, le crucificaron entre dos ladrones, le traspasaron el costado y le dieron muerte amarguísima. Si tanto padeció Jesús para salvar nuestras almas, ¿con cuánto mayor empeño deberemos nosotros padecer por nuestro mismo bien y para que nadie nos quite nuestra corona? Nos hemos puesto ya en la carrera; no perdamos lo andado.

No temamos de nuestra flaqueza, porque toda la verdadera Iglesia ruega por nuestra victoria, esperando el fin de nuestra vida para honrarnos como á otro Esteban. Mirémonos y no nos confundamos á vista de todo el mundo; mirémonos y no nos humillemos ante nuestros enemigos. Tenemos de nuestra parte á Jesús y toda su Iglesia, y nuestros pecados ya fueron perdonados. Solo nuestra flaqueza, mis hermanos en Jesús, podría quitarnos la corona.

Ya que emprendimos la pelea, no la dejemos; ya que empezamos á ser cristianos, no perdamos la palma. Por la Trinidad augusta en quien creemos; por el Espíritu Santo que recibimos y nos aplicó la obra redentora de Cristo; por este mismo Salvador que nos limpió de nuestros pecados con su sangre, alimentémonos de la verdadera fe que es en Jesús; porque como dice San Pablo, la fe es la sustancia de las cosas que se esperan, la demostración de las cosas que no se ven.

Si con la sustancia de estas cosas que esperamos nos alimentamos, bien podemos decir como el apóstol, «que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo bajo, ni ninguna criatura nos podrá apartar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.» (Así sea.)

PEDRO CISNEROS.

EL SEMBRADOR.

Y aquel día, saliendo Jesús de casa, se sentó junto á la mar. Y se allegaron á él muchas gentes; y entrándose él en el barco, se sentó, y toda la gente estaba á la ribera. Y les habló muchas cosas por parábolas, diciendo:

«Hé aquí el que sembraba salió á sembrar. Y sembrando, parte de la simiente cayó junto al camino; y vinieron las aves y la comieron. Y parte cayó en pedregales, donde no tenía mucha tierra; y nació luego porque no tenía profundidad de tierra. Mas en saliendo el sol, se quemó; y secóse, porque no tenía raíz. Y parte cayó en espinas, y las espinas crecieron y la ahogaron. Y parte cayó en buena tierra, y dió fruto, cual á ciento, y cual á sesenta, y cual á treinta.»

El grabado que hoy ofrecemos á nuestros lectores, representa al sembrador en el acto de arrojar á la tierra la simiente.

¡Felices los pueblos en donde se siembra á manos llenas la Palabra de Dios! Esta felicidad ha cabido en estos últimos tiempos á nuestra patria. Algunos sembradores la han recorrido en todas direcciones, quién distribuyendo al pueblo la santa Biblia, quién derramando por todas partes folletos y periódicos, quién anunciando palabras de perdón y paz, todos proclamando el misterio del reino de los cielos.

Pero, ¡ay! que la tierra no ha sido siempre igual por desgracia. Aquellos que han escuchado la Palabra han

sido: unos, semejantes á los fariseos que nada guardaban en el corazón de todo cuanto oían; otros la han escuchado y aun acogido al parecer con alegría y aun se les ha visto un tiempo confundidos con los fieles; pero han sobrevenido los disgustos de familia, las murmuraciones de los conocidos, las burlas de los indiferentes é incrédulos, y la simiente se ha secado como se secan bajo los ardientes rayos del sol, las espigas que tienen raíces poco profundas. Las raíces que á esos desgraciados les han faltado, han sido el arrepentimiento sincero y la verdadera fé.

Otros hay en quienes la Palabra no produce fruto, porque los cuidados de la vida, los placeres del siglo, la vanidad del mundo los absorben tan por completo, que la Palabra queda ahogada por esas espinas que crecen á su alrededor.

Solo las almas profundas, solo los corazones semejantes al de un Abraham, solo aquellos que procuran conocer la voluntad de Dios para practicarla, solo los que sintiéndose un día pecadores reconocen su pecado y acuden á Cristo para que Cristo los purifique, son los que acogen la santa Palabra con alegría, y en ellos produce ópimos frutos de bendición y de vida eterna.

¡Quiera Dios que el número de estos últimos aumente en nuestra patria!

LA FELICIDAD.

I.

En el anchuroso campo
donde combate la idea,
el pensamiento del hombre
con resolución penetra
ginele sobre las alas
de una esperanza risueña,
tras la anhelada ventura
que en sus sueños el poeta
imaginóse en un mundo
de incomparable grandeza.

El guerrero con su gloria,
el rico con sus riquezas,
el noble con sus blasones,
el mercader con sus cuentas;
todos los seres vulgares
que el tiempo en sus brazos lleva,
preocupados con las pompas
mundanales de la tierra
y sin elevar á Dios
un pensamiento siquiera,
ser felices se imaginan
y en su dicha se recrean,
cuando tienen ¡insensatos!
un infierno en la conciencia.

II.

El pobre humilde y sufrido
que se agita en la impotencia
y camina por el suelo
cargado con sus miserias;
el triste que no posee
ni la indispensable tierra
que pisa su planta débil,
y duerme sobre una peña,
y por hogar tiene el campo
y por lumbré las estrellas....
y al mismo tiempo su alma
al trono de Dios se eleva
y reconoce sus culpas
y anhela la vida eterna,
si no es feliz, si la dicha
no viene á calmar su pena,
en cambio duerme tranquilo
y en el porvenir espera,
sin que vengan á turbarle
las fantásticas quimeras
que conturbaron el sueño
de los grandes de la tierra.
No es feliz, porque en el mundo
no hay felicidad completa;

pero al menos, satisfecho
de sí mismo, se replega
en su condición honrada,
y exento de esas miserias
que sin lastimar el cuerpo
el espíritu envenenan,
vá pasando su martirio
abrazado á su bandera,
con una idea en la mente
y con la fé en la conciencia.

III.

¡Triste de aquel que imagina
en medio de su soberbia
ser dichoso, porque un mundo
que juzga por apariencias,
canta su gloria raquítica
en vez de cantar su afrenta,
deslumbrado con el brillo
de terrenales riquezas!
Aquesa felicidad,
la felicidad misérrima
del bienestar perdurable
de esta vida pasajera,
es un sueño tan veloce
que, cuando el alma despierta,
comprende que en un minuto
acabó una existencia.

Busquen los ánimos fuertes
que á la redención se acercan
la felicidad cumplida
y la dicha verdadera,
más que en este breve mundo
allá en la mansion excelsa....
donde á la diestra del Padre
nuestro Redentor se asienta.

FRANCISCO FLORES Y GARCÍA.

LA DOCTRINA ANTIGUA DE DIOS

X.

LA DOCTRINA NUEVA DE LOS HOMBRES.

VIII.

La doctrina antigua de Dios enseña, que Jesucristo es el único Medianero entre Dios y los hombres y nuestro Abogado é intercesor delante del Padre, y que no se puede hallar ni se puede buscar otro. 1.º Porque en ningún otro hay salud que en Él solo. (Hechos iv, 12.) 2.º Porque ningún otro puede ser bastante á este oficio, sino solo Cristo, que tiene toda potestad en el cielo y en la tierra, y está siempre con los suyos hasta el fin del siglo. (Mateo xxviii, 18 y 20.) 3.º Porque Cristo nos ha amado, y ama más que ningún otro, pues que se dió á sí mismo por nosotros y ha hecho la purgación de nuestros pecados en la propia persona con su sangre. (Hebros iii, 4.) Y convida á sí tan graciosamente á todos los cargados y trabajados. (Mateo xi, 28.) De manera, que los hombres no tienen causa ninguna de dudas de su suficiencia, potencia y buena voluntad, mas que en todos sus trabajos deben acudir á Él solo, que testifica de sí mismo. (Juan xiv, 6.) Yo soy el camino, y la verdad y la vida: nadie viene al Padre sino por mí.

La doctrina nueva de los hombres enseña, que Jesucristo no es solo Medianero, sino que también los santos que reinan con Él en el cielo; y que también Santa Maria, madre de Dios, es medianera y abogada del género humano. (Libro cuarto Sent., Distinct. XLV, in missale parisiens, in prosa missæ de annunciatione.)

IX.

La doctrina antigua de Dios enseña, que nuestro Redentor Jesucristo, por el perfecto sacrificio de sí mismo, ofrecido una vez en la cruz para deshacimiento del pecado, ha reconciliado todos los fieles con Dios, su Padre, y ha llamado eterna redención; de manera, que no hay más ofrenda por pecado. (Hebros, ix, 12, 26, y cap. x, 42 y 48.)

La doctrina nueva de los hombres enseña, que la

misma es un sacrificio por la remisión de los pecados de vivos y de muertos. (Concil. Trid., Ses. 6.ª Can. ii.)

X.

La doctrina antigua de Dios enseña, que somos justificados por la fé en Jesucristo sin las obras de la Ley, (Romanos, iii, 24, 28. Gálatas, ii, 16) como el Espíritu Santo testifica de Abraham, el padre de todos los creyentes. Creyó (dice) Abraham á Dios, y fuéle imputado á justicia. (Génesis, xv, 6. Romanos, iv, 3.) Y el apóstol San Pablo añade espresamente: «Que esto no está escrito solamente por él, sino también por nosotros, á quienes será también imputado la fé á justicia.» (Romanos, iv, 23, 24.)

La doctrina nueva de los hombres enseña, que no solamente justifica la fé sino también las obras. (Concilio Trid., Ses. 6.ª, Can. xi.)

XI.

La doctrina antigua de Dios enseña, que la fé no es dudosa, sino cierta de la salud que tiene por la sangre de Cristo, y que no es estéril, sino llena de obras de caridad, que son frutos de justicia y de verdadera fé. (Hebr. xi, vers. 1.º, Gálatas, v, 6. Filipenses i, 11.)

La doctrina nueva de los hombres enseña, que la particular justificación de los hombres es muy incierta, y mucho más la salud: de manera que los hombres siempre deben dudar de su salud, y que es una presunción no dudar del favor y de la gracia de Dios. (Concil. Trident., Ses. 6.ª, Cón. xiii. Censur., Colon, fól. 96.)

XII.

La doctrina antigua de Dios enseña, que nuestras buenas obras por ser siempre imperfectas, nada pueden merecer de Dios, diciendo el profeta: (Isaías, lxiv, 6.) «Todas nuestras justicias, como trapo de inmundicia.» Y Cristo nuestro Señor dice: (Lúcas, xvii, 10.) «Cuando hubiérais hecho todo lo que os he mandado, decid: Siervos inútiles somos.»

La doctrina nueva de los hombres enseña, que nuestras buenas obras merecen la gracia de Dios y la vida eterna. Item, que los hombres pueden hacer obras que llaman de supererogación, que quiere decir, más aventajadas que las que manda la ley de Dios, á las cuales no son obligados los que las hacen, y valen para ayudar á otros. (Belarm. de Purg., lib. i, cap. 8. Cens. Col., fól. 175.)

LAS CARTAS ANÓNIMAS.

De nuestro ilustrado y cristiano colega *L'Eglise Libre* traducimos el siguiente artículo, que nos parece ha de ser útil á nuestro pueblo:

«El anónimo es con frecuencia una maldad; el anónimo es siempre una cobardía.

Quien se envuelve en tinieblas no tiene buena conciencia. Quien huye de la reciprocidad comete una felonía.

El hombre honrado de mundo, no escribe anónimos; el carmín de la vergüenza enrojecería sus mejillas. El cristiano—quizá valdría más decir la cristiana—escribe algunas veces una carta anónima, y no se avergüenza.

¿De dónde procede esto? De que nuestra conciencia, demasiado alimentada de sutilezas y no lo bastante de una moral fuerte y sana, nos deja demasiado libres en presencia de las leyes comunes que rigen á todos los hombres honrados.

Bajo el velo de la independencia que existe en Cristo, la maldad del corazón se dá libre carrera; la vista sencilla y recta del bien se oscurece, el cual pierde su fealdad, y por haber separado lo que siempre debe estar junto, la gracia y la cantidad, se compromete la primera y se pierde la segunda.

No estraviemos nuestro sentido moral; que nada nos separa más del Evangelio, nada nos aleja más de nuestros semejantes.

La luz es una condición de la rectitud; y la rectitud es uno de los elementos primordiales del cristianismo, tanto, que sin ella podemos decir que el cristiano no existe.

Un árbol malo no puede producir buenos frutos. El anónimo, cualquiera que sea el sentimiento que lo inspire, produce malos frutos invariablemente.

El anónimo vá, por lo regular, firmado: «un amigo, una alma que ora, un hermano desconocido.» No os engañéis. El que lo dicta es siempre el mismo, y ese tal, desde el principio hasta el fin es cruel y cobarde.

El golpe asestado por una mano que se oculta, llega al alma del agresor como al corazón del atacado. Toda emboscada es una mentira. Quien se oculta, miente. Tirar por el tragaluz de una bodega, es gran deslealtad. Arreglarse para herir y no recibir heridas, es obrar como un pusilánime forrado de malo.

Quien así procede no se da cuenta de su proceder, admitámoslo: mas ¿quién debe darse cuenta sino el cristiano? ¿El Evangelio nos obliga á ser delicados, ó nos dispensa de la honradez? ¿El Evangelio ensancha las vastas puertas y los anchurosos caminos de este mundo, ó nos estrecha la puerta y el camino? ¿Un cristiano debe tener más ó debe tener menos integridad, valor, franqueza y honor que el primer hombre honrado que se presenta?

En cuanto al corazón traspasado por la flecha disparada en la sombra, toda cuanta sangre le queda se agita y salta. El derecho, la moralidad, el buen sentido protestan y se indignan.

Ese acusado que no puede responder, esas equivocaciones que no se pueden rectificar, esos hechos erróneos que no pueden restablecerse, esas condenaciones que tenemos que sufrir sin haberlas merecido, ese foro interior groseramente violado; todo eso, ¿creéis que Dios lo aprueba? ¿Nuestra conciencia podrá admitirlo? ¿y nuestra alma puede sentir algo más que indignación hacia esos golpes indignos y brutales?

No siempre los golpes son puñetazos, concedido. El dardo tiene algunas veces la punta fina y acuminada, algunas veces se la humedece en un átomo de caridad; algunas veces el que hiere se oculta, él lo dice, para haceros un favor. No importa; que la intención sea buena ó mala, el acto no vale nada; que el dardo tenga la punta acerada, ó que la maza caiga sobre la víctima con pesadez, desde el momento en que la mano que lanza el uno ó maneja la otra, se arregla para que no se la vea, es una mano infame que hiere como la de un cobarde.»

LAS LÁGRIMAS DE UN VIEJO.

Estaba recostado, sobre una estera vieja; tenía los ojos fijos en lo alto y lloraba. Era un viejo decrepito, de cabellos blancos y de semblante bondadoso. Tenía las facciones tostadas por el sol y las manos encallecidas por el trabajo. Aquellas manos se levantaban de vez en cuando hacia el cielo como una protesta; aquellas facciones se dilataban de vez en cuando, y de aquellos labios secos salía un suspiro mas seco aun.

Hablaba solo. Es condición propia de todos los desgraciados contarse en alta voz sus penas. Se cree hablar consigo mismo y, en semejantes momentos, se habla con lo invisible. El monólogo se convierte en oración.

Decía el hombre de los cabellos blancos:

—Tengo sesenta años, sesenta años cumplidos. Desde que pude, y antes que pude, me pusieron á trabajar. Mi historia no es la historia de un hombre, es la historia de una raza. Apenas sé leer; no sé escribir. Para los que tienen hambre y tienen que ganar unos pocos reales á fuerza del trabajo para no morir, estas son cosas de puro lujo. Moli piedras en las carreteras y el sol me abrasó y el frío me entumeció; llevé cargas de ladrillos sobre mis espaldas para construir las casas de los poderosos; pasé el día arrastrando maderos ó llevando espuelas de tierra. Por la noche, cuando rendido me tendía sobre esta estera miserable, me preguntaba: ¿Eres un ser inteligente ó una bestia de carga? y no dejaba de contestarme una vez sola; lo último.

Callaba el hombre y luego proseguía con palabra tarda y difícil:

—Y despues, si hubiera comido siempre! Cuántas veces al trabajar en la construcción de una cárcel se me ocurría este pensamiento lúgubre: «Aquí vendrán los que no comen todos los días.» No había trabajo, no había jornal. Hambre sí había siempre. Me iba á sentar al sol á cualquier parte. ¡Qué tristísimas ideas se me ocurrían! Qué maldiciones tan insensatas se escapaban de mis labios! Veía pasar á un rico y decía: «Hé ahí un usurpador;» veía pasar á un pobre y decía: «Hé ahí otro mendigo.» Mis sufrimientos me hacían ser injusto con todos y con todo. El trabajo que produce una satisfacción tan santa cuando no es abrumador, ha sido el tormento de mis días. Y despues, ¿qué? Cuando no pueda trabajar, ¿quién me tenderá sus brazos? ¿Quién se apiadará de mi vejez? Cuando no pueda pagar me echarán de aquí; cuando no tenga que comer, me dejarán morir. Mis cabellos blancos no me servirán de nada, serán como una corona inútil sobre las sienes de un rey destronado; mis manos trémulas no inspiraban piedad. Pasarán las gentes y dirán: «Un hombre que fué.» Una vez no es mas que un epitafio: ¡Oh sociedad!

Calló el viejo y sus manos trémulas, mas trémulas aun en aquel momento, se levantaron al cielo otra vez. Creo que lloró de nuevo.

Pero poco á poco su semblante fué serenándose: hundió la mirada del alma en lo infinito y creyó escuchar en su corazón una voz mas suave que el cantar de un ángel, que le decía:

—No te exasperes, no maldigas, no aumentes tú propio tu sufrimiento. Muchas razas mártires ayer viven hoy en el doble triunfo de su comodidad y de su inteligencia. Esa es la ley; cada día la manumisión de unos pocos. Los párias disminuyen. Dios para todos, ilustración para todos, alegría y sol para todos y también trabajo para todos aun para aquellos que no trabajan, porque explotan el trabajo de los demás; ese es el porvenir. Paciencia, porque el triunfo es el de los tuyos. Las lágrimas de los esclavos han sido las que han abierto siempre las sepulturas de los tiranos. Paciencia y adelante. No hay día que no alumbre una nueva conquista en favor del miserable. La Providencia vela por vosotros. En marcha hacia la tierra prometida; la columna de fuego que os guía son los ojos de la Providencia puestos en vosotros.

A. SANCHEZ DEL REAL.

VARIEDADES.

LA VERÓNICA.

Nada hay, por santo que sea, que la superstición no desnaturalice, ni nada de puro á que el espíritu humano no lleve la influencia de sus preocupaciones. La religión, dice un grande escritor, tiene también sus errores; pero no son de ella, sino del hombre, cuya debilidad y aberraciones se manifiestan por todas partes. Entre estos errores los hay muy autorizados, y vamos á señalar uno sumamente notable, cual es el culto dado por los católicos á la imagen que llaman de Santa Verónica; teniendo interés en hacerlo para convencimiento de muchas personas, á las cuales, si no se les puede graduar de necias, se les puede probar que están en un error, por respetado y venerado que se encuentre.

El presente artículo tiene por objeto demostrar la inexactitud de que una mujer, llamada Verónica, se presentó á Jesús cuando este caminaba cargado con el madero hacia el Calvario, cubierto de sudor y de sangre, y que quitándose el velo se lo aplicó al rostro y quedó estampado en él;—que es lo que vulgarmente se llama la CARA DE DIOS.

Historiemos.

El obispo de Jaén, D. Sancho de Avila, en su libro de la *Veneración de las reliquias*, capítulo VIII, afirma que la Santa Verónica que se venera en Jaén fué traída por San Eufasio á la ciudad de Andújar; su silla; y de la misma opinión es un tal Ximenez Jurado, autor de un libro intitulado *Anales eclesiásticos de Jaén y Baeza*.

Otro dato y bastante curioso. Un fray Cristóbal de los Santos, autor de otro librote intitulado *Tesoro del*

cielo, y su copiante fray José de la Fuente, en su *Diario histórico-político-canónico y moral*, dicen así: «A 24 de marzo de 1644, Jueves Santo á las siete de la noche, en la villa de Ossa de la Vega, obispado de Cuenca, en casa de Gerónimo de la Torre y de Isabel del Corral Matilla, su mujer, empezó á sudar un cuadro de la Santa Verónica, que tenía en su casa, con tanta abundancia de sangre y agua por todas las espaldas, ojos y cara, que conmovió á todo el pueblo, y vinieron á verlo y á esperimentar el prodigio que duró dos horas y cuarto, con asombro y lágrimas de todo aquel pueblo, que con su cura, y el P. M. Fray Miguel Conde, religioso dominicano del convento de Santa Cruz de Villaseca, limpiaron el sudor sanguíneo y agudo con unos corporales, y llevaron el cuadro á la iglesia, donde le pusieron en la capilla del Bautismo, dejándolo cerrado y con veneración. El Sábado Santo por la mañana volvió otra vez á sudar, y por la tarde otra; cuyos tres milagrosos sudores se tomaron por testimonio firmado de infinitos testigos.»

Hasta aquí los pocos escritores ascéticos españoles que hemos tenido ocasión de consultar, á cuyo último relato prestarán completa fé los que no queriendo hacer uso de la razón, se edifican con tan ridículos portentos. Pasemos ahora á presentar otros datos esparcidos en obras extranjeras que mencionan á Santa Verónica.

El autor de la vida de esta supuesta santa, impresa en París en 1687, dice que se casó con San Amador, criado de San José y de la Virgen; que poseía una casa en el camino del Calvario, á 340 pasos de la de Pilato; que el Salvador la curó de la disenteria; que cuando llevaba á cuestras su cruz y le vió todo cubierto de sudor y de sangre, se quitó el velo y, penetrado de este acto de compasión, dejó en el velo el sello de su divina figura y se lo dió á Santa Verónica en prueba de su amor; que despues de la dispersión de los apóstoles se fué á Marsella con su esposo San Amador, San Lázaro, la Magdalena y Santa Marta; que habiendo caído enfermo el emperador Tiberio, y tenido conocimiento de las curas maravillosas que obraba con el santo velo, la llamó á Roma para tratarla; que ella le aplicó el velo y le curó en un instante; que el emperador la colmó de honores y regalos, y que murió en Roma despues de haber legado por testamento el velo sagrado al Papa San Clemente.

Estos hechos están garantidos, con algunas variantes, por Baronio, San Antonino, Marianus, Methodio y otros varios. El misal Ambrosiano, impreso en 1560, contiene un oficio completo de Santa Verónica. El misal de la catedral de Jaén está enteramente conforme con el misal Ambrosiano. El misal de Chartres celebra á Santa Verónica como una mujer fuerte, y le hace honores de la canonización; en fin, la Santa Verónica está espuesta á la veneración de los fieles católicos encima del altar mayor del Sagrario de Sevilla.

Y sin embargo, todos estos testimonios, dice Salgues, (1) no son bastantes para convencer á críticos exigentes, que protestan que la Verónica no ha existido nunca sino en el cerebro de algunos pobres clérigos ó frailes clérigos ó frailes crédulos é ignorantes. Deshechan la historia de esa supuesta santa como abusiva y quimérica, y demuestran que esa historia no remonta más allá del siglo XV, que fué inventada por un canónigo de Maguncia, que en 1483 hizo un viaje á la Tierra Santa, y creyó que debía enriquecer su diario con esas maravillosas invenciones conocidas generalmente con el nombre de *fraudes piadosos*.

Esos críticos se apoyan, para repeler el suceso de la supuesta Verónica, en un fundamento inquebrantable. Dicen que si se hubiese verificado, lo hubieran consignado los evangelistas. Que no encontrándose en ningún capítulo de los Evangelios, y siendo estos la única fuente para escribir la vida de Jesús, todo cuanto á él se refiera, que no se encuentre en ellos, es una mentira, un fraude;—sin que sea bastante á hacerles variar de opinión cuanto pudieran decir los Papas desde Lino hasta Pio IX, y desde el primer concilio hasta el último ecuménico de la infalibilidad. Que mientras no mar-

(1) *Des erreurs et des préjugés répandus dans la société.* (Paris, 1811.)

uen un versículo de los Evangelios que lo refiera, seguirán gritando: ¡FRAUDE!

Contrayéndonos ahora al origen probable de la palabra *Verónica*, porque en efecto, alguno ha debido tener, vamos á presentar nuestra opinion particular. Práctica era entre los primeros fieles cristianos que al entrar en los sitios de sus ágapes y otras piadosas reuniones, presentasen á la puerta una especie de etiqueta ó medalla con un busto de Jesús en el anverso, y la inscripción *Vera íco Salvatoris nostri*, verdadera imagen de nuestro Salvador. Nosotros poseemos la impronta de una medalla que debe proceder de aquellos lejanos tiempos, y para el objeto antes indicado, la cual en el anverso tiene el busto del Salvador y la palabra *Iesu* en caracteres hebraicos, y en el reverso, tambien en dichos caracteres, la leyenda *Meschiáj melek bschalom Eloím adam jasui*, cuya traduccion latina es: *Unctus Rex venit cum paci Deus homo factus est.* (1)

Andando el tiempo, y alterándose en la baja latinidad las voces *vera íco*, se dijo *vera ícone*, *vera icona*, ora refiriéndose á la medalla ó contrasena, ó á alguna pintura de Cristo, como vamos á ver. Ya nuestro Brocense dice que Verónica v en e de *vera icon*, retrato verdadero, así como hoy todavía se lee en algunas estampas la fórmula antigua *verdadera imagen de Ntra. Sra. de tal, ó del Santo Cristo*, etc. Hay quien dice que Verónica es una alteracion de Berenice; esto no merece refutación.

Pues bien, los testimonios de P. de Mailli y de Roman, canónigo de S. Pedro de Roma, declaran positivamente que un lienzo con una imagen de Cristo se llamaba *Verónica*. (2) Se cita al Papa Urbano IV, que escribiendo á las monjas de Montreuil, diócesis de Laon, les anuncia que les envia una copia exacta de la *Verónica* al Papa Nicolás IV, que en un momento las reliquias de San Pedro de Roma, dice: *Posee además la representación preciosa del rostro de Jesucristo, que los fieles llaman LA VERÓNICA.* (3) Citan el misal de Maguncia, el Procesional de París, el oficio de la parroquia de San Eustaquio, y otras litúrgias en donde la fiesta de Santa Verónica no se refiere á ninguna santa mujer de ese nombre, sino á un retrato del Salvador, á una *Santa Faz*.

Y ahora, ¿qué vamos á decir de esas CARAS DE DIOS que se encuentran en Jaen, en Madrid, y no recordamos en qué otra parte de España, pues parece que son tres los ejemplares? De la mujer conocida por la *Verónica* no son, porque la tal mujer no la mencionan los Evangelios. ¿Serán copias de la que cita el Papa Nicolás IV? El lector creerá lo que le parezca mejor. De todo lo dicho se infiere que los escritores ascéticos españoles mencionados al principio, se refieren á una pintura ó effigie de Cristo, pero cuyo origen no procede de la mujer encontradiza del Calvario.

A. MARTINEZ DEL ROMERO.

NOTICIAS VARIAS.

De nuevo recordamos á los cristianos evangélicos de España que la semana que principia el domingo 19 de mayo y termina el 25, debe consagrarse á la oracion como ya lo indicamos en nuestro número del 15 de abril.

Los asuntos propuestos para las oraciones son los siguientes:

I. Oraciones en favor de las iglesias protestantes:

1.º Que las doctrinas de la salvacion, el conocimiento de nuestra caída, la fe en la expiacion de la cruz, la regeneracion, la paz y la alegría que de ellas

(1) Es la traduccion latina que dá de esa notable medalla ó contrasena Gasparus Waser en su tratado latino de las medallas.

(2) *Sudarium Christi quod vocatur VERÓNICA.* Du-Cange en su *Glossarium Mediae et infimae latinitatis*, dice lo siguiente: *VERÓNICA, romanis appellatur tabella in qua Christi Domini, pergentis ad crucis supplicium, divino miraculo expressa effigies efformatur, quae asservatur et colitur Romae in Ecclesia S. Petri. Voce, ut quidam volunt, formata ex VERA ICON.*—Du-Cange no hace más que apuntar la creencia de los romanos sobre que aquella effigie procede de un milagro, pero no se refiere á mujer ninguna.

(3) El mismo Du-Cange trae el siguiente pasaje: *NICOLAUS IV, PP. ann. 1290: In ea namque basilica sui pretiosissimi cultus imaginem, quam Veronicam fidelium vox communis appellat in singulari amoris insigne tribuit venerari, etc.*

proceden, se hagan más vivas en el corazón de cada protestante por la gracia del Santo Espíritu.

2.º Que la comunión de cada uno de nosotros con Cristo sea verdadera, que cada protestante pueda decir con San Pablo: Cristo vive en mí; y que teniendo las mismas disposiciones de espíritu que Cristo ha tenido, glorifiquemos al Salvador y ganemos almas para Él.

3.º Que el Jefe de la Iglesia, al cual es dado todo poder en el cielo y sobre la tierra, quite de ella los errores de la incredulidad, del racionalismo y de la superstición; que dé la conversión, para que conozcan la verdad, á aquellos que se han opuesto á ella, de manera que la fe, la caridad y la concordia sean restablecidas en las iglesias reformadas.

II. Oraciones por los católicos romanos.

Que Dios quiera convertir un gran número de ellos, y en particular á los directores de las iglesias.

III. Oraciones especiales en favor de determinados países.

Por Francia. Pedir que ella abandone todo sistema religioso que coloque en el mismo rango las tradiciones de los hombres y la Palabra de Dios, y que la incredulidad ceda el puesto á una fe viva.

Por España. Que el movimiento actual la traiga á la plenitud de la luz evangélica.

Por Italia. Que sus nuevas libertades contribuyan á despertar la conciencia y á renovar los corazones de un considerable número de sus habitantes.

Por Alemania. Que la lucha suscitada por las decisiones del Concilio tengan por consecuencia una fe verdadera, una vida espiritual y una nueva reforma.

Por América. Que en sus estados protestantes la luz brille con nuevo esplendor y que en los católicos nuevas puertas se abran para la predicación del Evangelio.

Por Inglaterra. Que quiera Dios detener las tendencias romanas en la Iglesia y en el Estado, y sentir en el pueblo por el poder de las Santas Escrituras su influencia santificadora.

Por Irlanda. Que llegue á verse libre de la tiranía romana que actualmente oprime á la mayoría de sus habitantes.

Por Holanda, Suiza y Francia protestante. Que una fe viva triunfe de todo sistema humano é incrédulo.

IV. Plegarias en favor de las misiones.

Que los paganos nuevamente convertidos que aun no han sido estraviados por el culto idólatra de Roma, escapen de este peligro.

Que en los sitios en que los misioneros de Roma se hallen en presencia de los misioneros evangélicos, el poder soberano de la gracia haga prevalecer la verdad.

Que aquellos paganos que por la influencia de Roma han aceptado un cristianismo corrompido, renuncien á él y hallen la plenitud de la verdad tal como es en Jesucristo.

Que oraciones especiales sean presentadas al Señor para que concluyan las más poderosas religiones anticristianas, la religion de Confucio, el budismo, el mahometismo, y cualquier otra forma de idolatría pagana.

Que los israelitas reciban á Jesús como su Mesías.

Proposiciones para la ejecución del proyecto anterior.

1.ª La semana que comienza el domingo 19 de mayo y concluye el 25, será elegida por los cristianos de todos los países para pedir á Dios las gracias arriba indicadas.

2.ª Habrá, no solamente reuniones públicas de oración en todas las partes donde sea posible, sino tambien oraciones particulares y domésticas que deberán ser elevadas á Dios todos los días.

Hé aquí ahora los lugares en donde se reunirán los cristianos de Madrid:

Lunes 20 de mayo, á las ocho y media de la noche. Capilla de Jesús, calle de Calatrava.

Martes 21, á la misma hora. Capilla del Redentor, calle de la Madera Baja.

Miércoles 22, á la misma hora. Capilla del Salvador, plazuela del Limón.

Jueves 23, á la misma hora. Capilla de Jesús, calle de Calatrava.

Viernes 24, á la misma hora. Capilla de las Peñuelas, calle Martín de Vargas.

Sábado 25, á la misma hora. Capilla del Redentor, calle de la Madera Baja.

Suplicamos encarecidamente á la persona que se dignó remitirnos una poesía firmada «Violeta,» se sirva reproducirla, pues la primera, bien á nuestro pesar, se nos ha extraviado y no nos ha sido posible encontrarla.

Recomendamos eficazmente á nuestros amigos la adquisición del «Tratado para confirmar en la fe cristiana á los cautivos de Berbería,» compuesto por Cipriano de Valera y por él publicado el año 1594. Acaba de reimprimirse fielmente, y se halla de venta, al precio de 2 rs., en la librería de C. Bailly Bailliere, plaza de Topete, 10. Importa mucho á los españoles cristianos del siglo XIX conocer lo que pensaban y escribían sus antepasados del siglo XVI, á quienes Dios concedió una abundante medida de su Santo Espíritu, y muy especialmente lo que escribía el fiel traductor de la Biblia y castizo autor de los tratados «Papa y Misa,» y de otros libros importantes.

Con verdadera satisfacción hemos sabido que don Samuel Lighton, miembro de la Iglesia cristiana española de Cartagena, ha reunido por suscripción en algunos días 4.200 rs., que destina á mejorar el material de la capilla y escuela. Damos á nuestro amigo las más expresivas gracias por el interés que se toma en la prosperidad de dicha obra, y pedimos al Señor se digne bendecir sus cristianos esfuerzos.

El domingo 19 del presente mes se verificará la apertura, Dios mediante, de una nueva iglesia evangélica, en San Fernando, en la calle de San Bernardo, número 53. Esperamos que los cristianos españoles rueguen á Dios por la prosperidad de esta nueva capilla.

En 1851 la ciudad de Marsella contenía 4.247 protestantes; ese número se elevaba á 9.126 en 1861, y á 10.820 en 1866. Sabemos que el movimiento ha ido en progresión creciente, aunque no podemos decir hoy cuántos son los protestantes de dicha ciudad.

En nuestro último número comparamos la renta que de las Santas Escrituras se había hecho en Italia y España, y vimos que en esta, á pesar de contar algunos millones de habitantes menos que la primera la venta había sido muy superior. El número de Biblias, Nuevos Testamentos y porciones de la Palabra vendidos, ha sido de 87.892. Treinta hombres se han empleado en esta obra, de los cuales 17 están actualmente al servicio de la Sociedad en España. Estos 17 han vendido 63.980 ejemplares, que divididos por 313 días útiles de trabajo, dan un resultado de 43 libros por día.

Además de esto, se ha enviado á Méjico una remesa de 3.250 Biblias.

Todo esto es bastante consolador para los cristianos españoles; ya era tiempo que en esta España tan atrasada bajo el punto de vista religioso, y tambien bajo otros muchos puntos de vista, circulase libremente el Libro de la vida, de la libertad y de la verdadera grandeza nacional. Y tambien era tiempo que de la capital de España partiesen para Méjico, su antigua colonia, no empleados para esquilmarla, ni frailes é inquisidores para fanatizarla, sino ejemplares de la Santa Palabra que lleva progreso y moralidad á todas las naciones que la aceptan.

Ha pasado algunos días en Madrid y ha salido para Málaga D. Rafael Blanco, uno de los jóvenes españoles que han estudiado teología en la facultad libre de Lausana (Suiza). El Sr. Blanco vá á establecerse en Jerez de la Frontera, como auxiliar del pastor Sr. Viliesid. Deseamos á nuestro amigo toda suerte de felicidades, y sobre todo, la de ver que á su palabra vienen muchas almas á buscar perdon y paz en Jesucristo, la Palabra eterna de Dios.

MADRID: 1872.

Imp. de J. M. Perez, Corredera Baja de San Pablo, núm. 27.